suya, y habló con tanta ira, que se rompió una vena en su pecho y expiró al cabo de pocos minutos (375).

Sucedióle su hijo Graciano, que llevaba ya el título de Augusto desde 367, aunque no tenia todavía mas de diez y siete años, y seguidamente agregó al imperio á su hermano Valentiniano II, de cuatro años de edad, y le abandonó las prefecturas de Italia y de Iliria, bajo la direccion de su madre Justina.

Invasion de los godos en Oriente (375): batalla de Andrinópolis y muerte de Valente (378).

Entretanto reinaba Valente en los paises orientales. Príncipe receloso y débil á la par que cruel, habia comprimido la peligrosa rebelion de Procopio, primo de Juliano, que fué decapitado en 366; y, lejos de imitar la prudente reserva de su hermano, turbó el pais con una terrible persecucion contra los magos y contra todos aquellos que los consultaban, así como tambien con su parcialidad en favor del arrianismo. Expulsó á muchos obispos, puso en el trono arzobispal de Constantinopla á un arriano, y habria ocasionado mayores males á la Iglesia si la gravedad de los sucesos políticos que entonces sobrevinieron hubiese dejado á Valente bastante tiempo para ocuparse en atender á todas las instancias de los heresiarcas. Valente restableció á los reyes de Armenia y de Iberia, que habia derrocado Sapor, y obligó al gran rey á concluir una tregua con el imperio; mas desgraciadamente vino á neutralizar su triunfo una horrible catástrofe por la parte de Tracia.

Cuando Procopio se sublevó tomó á su servicio un cuerpo de 30,000 visigodos, y una vez caido el usurpador, quiso Valente imponer un castigo á los bárbaros que le prestaron auxilio. Emprendió, pues, una guerra de tres años, que acabó con un tratado en cuya virtud todos los bárbaros debian trasladarse á la otra ribera del Danubio, al mismo tiempo que se suprimian los subsidios que les pagaba el imperio y se designaban para los cambios dos ciudades fronterizas. Atanarico, que era uno de los principales caudillos de los godos del oeste ó visigodos establecidos al

norte del Danubio inferior, aceptó el tratado á nombre de su pueblo. No desperdició Valente esta ocasion de emplear su celo en favor del arrianismo. Sobornó al obispo Ulfila, que acababa de convertir á los godos y que compuso en su lengua una traduccion de los Evangelios, el primer monumento escrito de su idioma, del cual existe un manuscrito en Upsal. Ulfila debió comenzar por formar un alfabeto que en gran parte era griego: con la invasion de los bárbaros iba á volver, pues, el arrianismo.

Dos siglos hacia ya que amenazaba constantemente aquella invasion, y el pueblo que la decidió era extraño á la raza germánica, fué aquel tropel de hunos que pertenecian á la raza mogola, segun puede colegirse de la descripcion de los escritores antiguos. Los hunos eran nómadas, y apenas conocian los lazos sociales. Sus tribus obedecian en sus expediciones á caudillos particulares, que á veces, sin embargo, se entendian para llevar á cabo empresas comunes. Atila, que era uno de ellos, fué el primero que logró ponerse á la cabeza de toda la nacion. Todos los hunos eran jinetes y vivian en tiendas ó en chozas. Avidos y crueles, como los mogoles de la edad media que á las órdenes de Djenguzy-khan degollaron á cinco ó seis millones de hombres, robaban oro y plata, no para gastarlo, porque desconocian su uso, sino para enterrarlo, y organizaban desastrosas expediciones contra los pueblos civilizados, sin otro fin que el de aumentar aquellos inútiles tesoros y movidos tambien por su espíritu aventurero y vagabundo. Con sus incursiones rápidas é imprevistas difundieron el terror por todas partes, mucho mas que ningun otro pueblo bárbaro de aquel tiempo, pues por do quiera que pasaban destruian solo por destruir aquellas hordas feroces. Atila decia con orgullo que no volvia á crecer la yerba por donde habia pisado su caballo. Suponíase que habian nacido en el desierto, de la monstruosa union de demonios y de brujas, orígen impuro que aparentemente confirmaba su crueldad con las mujeres, que hasta los germanos respetaron.

Ignórase cuál fué su primitiva morada y por qué causa emigraron hácia el oeste, y lo único que se sabe con alguna

certeza es que en el tiempo en que comenzaron los movimientos de las tribus escandinavas y germanas, las hordas nómadas del Asia occidental levantaron sus tiendas y se acercaron al oeste. Repetidas veces interrumpió su marcha la tenaz resistencia de algunas tribus; pero seguian luego adelante cuando habian vencido el obstáculo ó arrastrado con ellos al pueblo que se interceptaba en su camino. Así sucedió en la época de Valente. Los hunos atravesaron el Ural y subyugaron á los alanos que habitaban entre el Volga y el mar Negro, y mientras una parte de aquel pueblo huyó detrás del Cáucaso, en donde habitan aun sus descendientes, otra siguió á los vencedores que desembocando por las vastas llanuras de Sarmacia vinieron á encontrarse frente á frente con el gran reino de los godos.

La nacion germánica, que poco á poco habia bajado de la embocadura del Oder hasta el Danubio y el Ponto Euxino, se habia mantenido dividida durante largo tiempo entre muchos jefes; pero Hermanrico consiguió reunir á la mayor parte de sus tribus y fundó un poderoso Estado con el nombre de reino de los ostrogodos ó godos del este, que se extendia del Báltico al mar Negro, y al que se habian sometido muchos pueblos. El nuevo reino cortaba el continente, y quizás habria contenido la invasion si no se hubiese hallado en plena disolucion. El centenario Hermanrico comenzó los preparativos en cuanto supo que el enemigo se acercaba; mas las tribus sumisas demostraban poquísimo celo por tan temida lucha, y dos jefes roxolanos, á cuya hermana mandó dar muerte porque su esposo se negaba á armarse en su favor, intentaron asesinarle, en tanto que otros jefes le negaron obediencia, por lo cual el anciano rey, desesperado, se atravesó con su espada. Su sucesor Vitimiro fué vencido y muerto, dejando un niño, á quien salvaron Alateo y Safráces, dos guerreros godos que habian servido con los romanos, y que despues de haber abandonado al grueso de la nacion para que se sometiera á los vencedores, penetraron con el niño hasta el interior del pais y se libraron de la persecucion de los hunos, ocupados en combatir á otro enemigo. Con efecto, Atanarico, jefe de

los godos del oeste, se habia corrido al Dniester para atajar el paso; mas la caballería atravesó el rio de noche y se situó á su espalda, y entonces preciso fué retroceder al Pruth, donde Atanarico habria construido fortificaciones, de los Cárpatos al mar, que hubiesen detenido á los hunos, si su pueblo desalentado no hubiera preferido ir á mendigar un asilo en las tierras del imperio. El valeroso jefe se negó á humillarse de aquel modo, ó no tuvo confianza en la hospitalidad de Valente, y marchó á los montes con algunos de los suyos (375).

Cuando dijeron al emperador que los restos de la nacion de los godos imploraba su auxilio, se enorgulleció hasta el punto de olvidar la prudencia y abrió el imperio á aquella multitud que contaba todavía 200,000 combatientes, imponiéndoles por única condicion que rindiesen sus armas y entregasen en rehenes una parte de sus hijos, que fueron enviados á las provincias del Asia Menor. A todo se sometieron los bárbaros; pero así que los oficiales imperiales les vieron indefensos les hicieron pagar tan caros los víveres, que para satisfacer aquella codicia principiaron por agotar todos sus recursos y despues dieron sus esclavos y hasta sus hijos. Sin embargo, llegado el dia en que ya no tenian nada se mantuvieron robando en el pais, se fabricaron armas, que añadieron á las que habian escondido, y muy luego Alateo y Safráces, que por la misma época forzaron el paso del Danubio y se reunieron á ellos, aumentaron su número y sus esperanzas. Entonces emprendieron el saqueo de toda la Tracia en compañía de los hunos y los alanos, que acudieron á buscar su parte en el botin.

Valente reunió sus fuerzas y pidió auxilio á su sobrino, y cuando Graciano se preparaba, un jóven aleman que estaba con licencia entre los suyos, habló de los preparativos, y los alemanes creyeron propicia la ocasion para atacar las fronteras indefensas, por lo cual no pudieron enviarse las fuerzas prometidas á Valente. Entretanto aumentaba el peligro. Todos los bárbaros establecidos en las provincias del Danubio, todos los cautivos germanos que habian aglomerado allí los emperadores, corrieron con sus hermanos,

y en vano pugnaron las legiones durante un año por atajar aquella devastacion. Al cabo en 378, llegó Valente con una parte del ejército de Oriente, mientras Graciano se ponia tambien en marcha; pero Valente quiso evitar la concentracion de los bárbaros en un solo cuerpo y avanzó contra ellos: su jefe Fritigerno le engañó algun tiempo con fingidas negociaciones, y cuando tuvo reunidas todas sus fuerzas atacó al emperador cerca de Andrinópolis (9 de agosto de 378), y hubo allí una derrota mas desastrosa aun que la de Cánnas. Apenas quedó ileso un tercio del ejército romano; el emperador, herido, entró en una choza que prendieron fuego los bárbaros y murió en medio de aquella hoguera. Todo el pais llano hasta los muros de Constantinopla fué asolado del modo mas horroroso, en tanto que la emperatriz Dominica defendió la capital con algunas tropas de sarracenos llamados de Asia, de cuya manera los hijos del desierto de Arabia se encontraron por primera vez frente á frente con los hombres del Norte: dos siglos y medio despues debian encontrarse de nuevo al otro extremo del Mediterráneo.

Graciano (375-383) y Teodosio (379-395).

Graciano, con mas suerte, derrotaba á los alemanes cerca de Colmar; pero el imperio de Oriente se hallaba sin cabeza, y Graciano, que no podia aspirar á reunir aquella pesada corona con la que ya llevaba, fijó sus miras en el hijo del valeroso conde Teodosio para que se encargara de la difícil tarea de vengar el inmenso desastre que tanto deploraba el imperio. Teodosio se retiró á su patria, que era España, cuando murió su desdichado padre; Graciano le llamó, y el 19 de enero de 379 le dió, con el título de Augusto, las dos prefecturas de Oriente y de Iliria. Teodosio se dedicó con empeño á la obra. Gracias á una providencia atroz, el Asia estaba en paz: todos los godos que habian enviado á las provincias en clase de rehenes fueron congregados el mismo dia en las metrópolis para recibir dones en dinero y en tierras; mas habian apostado tropas que salieron y los degollaron á todos. Sus padres y sus hermanos

los vengaban en la Tracia. Teodosio tenia que rehacer un ejército, y ante todo tenia que reanimar á los soldados, lo que consiguió proporcionándoles muchas ocasiones de combatir siempre con ventaja. Era la antigua táctica de Fabio Cunctator contra Aníbal, cuyo feliz éxito fué aquí mas rápido. No dejó que ninguna plaza fuerte cayese en poder del enemigo, cuyo número mermó provocando defecciones, por manera que, sin haber alcanzado una gran victoria, obligó á los godos á entrar en negociaciones. Habia muerto Fritigerno, el vencedor de Andrinópolis, y su sucesor, el valeroso Atanarico, se dejó atraer á Constantinopla, donde deslumbrado con el brillo de aquella ostentosa córte, decidió á su pueblo á que aceptase los ofrecimientos del emperador (octubre de 382). Es verdad que en el fondo Teodosio les concedia lo que anhelaban. Les estableció en la Tracia y la Mesia, con encargo de defender el paso del Danubio, y admitió en las tropas imperiales á 40,000 de sus guerreros. Era lo mismo que entregarles el imperio, pues aquellos godos que se quedaban constituidos en cuerpo de nacion, con sus jefes nacionales y con su organizacion militar, volvieron á abandonarse á sus instintos de robo y á su aficion á correr aventuras. No habian de tardar 30 años en tomar á Roma, despues de haber asolado Grecia é Italia, y la guerra que entonces llevaron al corazon del imperio, hizo caer las vallas que servian de obstáculo á las oleadas de la invasion.

Sea como quiera, Teodosio comenzó por mejorar una situacion desastrosa, empleando para ello un expediente conocido ya, aunque no en aquellas proporciones. El imperio, creyéndose salvado, le demostró su gratitud, á la par que aumentaron su fama los tristes sucesos de Occidente, los cuales produjeron por algunos dias la reunion bajo su autoridad de toda la herencia de Augusto. Por último, la Iglesia, que gracias á él se vino á encontrar libre del arrianismo, le consideró como otro Constantino, y el postrer soberano del mundo romano mereció el sobrenombre de Grande.

Graciano, príncipe tan activo como entendido y valeroso,

fué derrocado por un usurpador. Su aficion á la caza le hacia olvidar sus deberes, y siempre le rodeaban arqueros alanos, lo cual irritó á los soldados hasta el punto que las legiones de Bretaña proclamaron á su jefe Máximo, compañero del conde Teodosio. Máximo se trasladó á la Galia, y Graciano, abandonado por sus tropas, trató de llegar á los Alpes; mas le alcanzaron cerca de Lion y le dieron muerte el 25 de agosto de 383. Como Máximo habia sacado las legiones de Bretaña para emprender aquella expedicion, la isla, indefensa, fué atacada por los pictos y los escotos, así como tambien por los sajones y los frisones.

Teodosio habria querido vengar á su bienhechor; pero aun no estaba pacificado el Oriente, y quizás lo habria perdido todo una guerra civil, por cuya razon reconoció al usurpador como prefecto de las Galias, bajo la condicion de que dejase la prefectura de Italia al jóven Valentiniano II (385). Justina, madre de este último, trataba de propagar el arrianismo en las provincias de su hijo que le eran desfavorables, y viendo que principalmente en Milan la oposicion era terrible, quiso vencerla desterrando al arzobispo san Ambrosio, lo que no consiguió porque la poblacion rechazó á los bárbaros. Entonces creyó Máximo que la ocasion era propicia, y atravesó los Alpes, en tanto que Valentiniano II huia á Tesalónica (387), al lado de Teodosio, que acababa de desbaratar á los ostrogodos en el Danubio.

El mismo príncipe se habia pronunciado ya contra los arrianos, se habia convertido (380) y promulgaba edictos en favor de la ortodoxia. Habiendo sido arrojado de Santa Sofía el patriarca Damófilo, ocupó su puesto Gregorio Nazianceno y se reunió en Constantinopla un concilio (381) que condenó de nuevo la heregía y confirmó el símbolo de Nicea. Justina debia sus desgracias á su celo por el arrianismo; pero como Teodosio se habia casado con su hija, la hermosa Gala, la emperatriz se prometia encontrar un apoyo en su yerno, que no obstante vaciló durante un año, hasta que supo que Máximo con su dureza ponia en rebelion á la Italia.

Teodosio entró en Panonia el año 388 é intentó varias

operaciones en la Galia con los sajones y los francos: Máximo empleó contra él armas iguales y puso á prueba la fidelidad de sus tropas, en cuyas filas se habrian declarado numerosas defecciones si no hubiera sabido evitarlas con severas medidas preventivas. Vencido el usurpador en las márgenes del Save, sus propios soldados le entregaron, y pereció de muerte violenta en Aquilea. Teodosio no conservó nada de su conquista, que abandonó á Valentiniano. Tres años permaneció en el gobierno de su cuñado, tanto para afianzar el poder del jóven príncipe como para extirpar con la heregía los últimos vestigios del paganismo que existian aun en las provincias occidentales, y á su marcha le dejó de primer ministro al franco Arbogasto, que acababa de libertar á la Galia de los germanos y que repartió entre los bárbaros todos los cargos militares y civiles. Valentiniano se cansó pronto de aquella tutela y quiso exonerar al conde de todos sus empleos; pero Arbogasto respondió en presencia de la córte que solo Teodosio podia quitarle el cargo que habia querido confiarle. Airado Valentiniano, se arrojó á él con la espada desnuda, y pasados algunos dias hallaron muerto al príncipe en su lecho (15 de mayo de 392).

No podia prometerse Arbogasto que Teodosio dejaria impune aquel asesinato, y no atreviéndose á proclamarse, vistió la púrpura á su secretario el retórico Eugenio. Teodosio, vengador de la ortodoxia, contaba en su favor al clero católico, y Arbogasto y Eugenio trataron de hacerse amigos entre los paganos; mas esta idea levantó contra ellos á la poblacion cristiana. La batalla de Aquilea puso fin á su dominacion: Eugenio, hecho prisionero, pereció, y Arbogasto se dió la muerte (394). En esta ocasion el vencedor no se desprendió de su conquista.

El fervor de Teodosio se aumentó porque un ermitaño le habia anunciado aquella victoria: prohibió bajo las mas severas penas el culto de los dioses, que, habiendo sido expulsado de las ciudades, se refugió en los campos (*pagani*), y quitó á los heréticos el derecho de alcanzar honores y el de disponer de sus bienes por testamento. Por otra parte, se observó que con sus acertadas y numerosas

providencias queria curar algunos de los males que minaban aquella sociedad moribunda, aunque sin alcanzarlo, pues el mal era incurable, y lo único que pudo hacer fué honrar los últimos dias del imperio ostentando en el trono ejemplares virtudes[1]. Ya hemos señalado su gratitud hácia la familia de su bienhechor y su desinterés, y ahora añadiremos que siempre estuvo unida su numerosa familia, y que si conservó cortesanos, tuvo tambien amigos.

Poco antes de espirar (17 de enero de 395) dividió su

1. *Resúmen de los últimos años del imperio de Occidente.* — Gracias á su situacion, Constantinopla pudo resistir diez siglos á la invasion que pasó al norte y al sur de sus murallas. Roma fué tomada al instante por los bárbaros, y el imperio de Occidente tuvo 80 años de dolorosa agonía. Alarico, jefe de los visigodos, dió la señal invadiendo á Italia, y aunque le venció Estilicon en Polenza (403), lo cierto es que abrió la puerta á la invasion de Radagaiso, que aprovechando la marcha de las legiones á Italia, atravesó la frontera y las siguió hasta Florencia, en donde fué desbaratado y muerto. Sin embargo, la victoria fué inútil, pues á su espalda inundaban la Galia y la España los alanos, los suevos, los vándalos y los burgundios (407). Tres años despues Alarico tomaba á Roma, y en 419 los visigodos fundaban un reino en el mediodía de la Galia y en España. Los burgundios (413) y los suevos (419) elevaron otros dos Estados bárbaros; y los vándalos que se trasladaron á Africa en 429, bajo el reinado de Valentiniano III, dieron orígen al cuarto reino que fundaron los germanos en el imperio (435). A mediados del siglo apareció un formidable enemigo: Atila, rey de los hunos, que habia sometido todo el mundo bárbaro desde el Volga hasta el Rin, atravesó este rio y reclamó como esclavos fugitivos á los germanos establecidos ya en el imperio; pero estos (francos, visigodos y burgundios) se reunieron con los restos de las legiones romanas que mandaba Aecio, le obligaron á levantar el sitio de Orleans y le vencieron en las llanuras de Chalons (451). Atila retrocedió; se vengó el año siguiente sobre la Italia, y afortunadamente para el mundo, le sorprendió la muerte en 435.

Honorio murió en 423, y le sucedió su sobrino Valentiniano III, que reinó hasta 454, en cuyo tiempo le dió muerte el senador Máximo y ocupó su puesto. Su viuda Eudosia que queria vengarle, llamó al vándalo Genserico, quien saqueó á Roma en 455. Mayoriano, proclamado emperador en 457, se mostró digno de luchar contra las dificultades sin cuento que le rodeaban; pero el suevo Ricimero le hizo asesinar y dió sucesivamente su puesto á tres senadores. Con el último, que era Olibrio, pereció él (473), y siguieron Glicerio, Julio Nepote, y, finalmente, Rómulo Augústulo, en cuyo tiempo Odoacro, rey de los hérulos, puso fin al imperio de Occidente (476), fundando el nuevo reino bárbaro de Italia.

imperio entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, irrevocable separacion que dura todavía en la religion y civilizacion de aquellas dos mitades del mundo antiguo.

Un hecho notabilísimo honra la memoria de Teodosio. El pueblo de Tesalónica mató en una rebelion al gobernador y á varios oficiales imperiales, y aunque Teodosio en un caso igual habia perdonado á los habitantes de Antioquía, esta vez se indignó y sus órdenes costaron la vida á 7,000 personas. Tan espantosa matanza excitó un sentimiento de horror en todo el imperio, y cuando algun tiempo despues Teodosio se presentó en las puertas de la catedral de Milan, san Ambrosio le detuvo, le echó en cara su crímen delante de todo el pueblo, y le prohibió la entrada en la iglesia y que se acercara á la santa mesa. Teodosio aceptó la penitencia pública que le impuso el santo obispo en nombre de Dios y de la humanidad ultrajados, y por espacio de ocho meses no traspasó los atrios del templo.

Aquí nos detendremos, pues ha concluido ya la edad antigua y principia la edad media. Triunfa completamente el cristianismo sobre las ruinas del paganismo espirante, el imperio está dividido para siempre, y los bárbaros se apoderan de los cargos públicos, invaden los ejércitos y las provincias. Las fuentes vivas que deben renovar la vida del mundo están abiertas. La Germania, *la fábrica de naciones*, derrama sus oleadas de hombres, que van á fortalecer las razas degeneradas, y la Iglesia, el espíritu nuevo, obliga ya á los poderosos de la tierra á que se inclinen ante su palabra. San Ambrosio acaba de decir lo que repetirán muy luego San Remo y Gregorio VII: *Mitis... depone colla.*

FIN.